

¿LAZOS INTANGIBLES?

Por HUMBERTO L. PLASENCIA

Cuando hablamos de familia generalmente utilizamos el concepto en su sentido estrecho, es decir, todas aquellas personas unidas por lazos de sangre a la cual se van incorporando otros individuos, los que aportan nuevos elementos biológicos, costumbristas, económicos, etc. que modifican esos lazos en las sucesivas generaciones.

La pareja es la célula primaria de este proceso y, a la vez, la responsable de preparar a sus descendientes para asegurar la conservación del género humano, lo que incluye los denominados “valores”, cuya actual crisis es una de nuestras preocupaciones más importantes.

Sin embargo, el hombre va adquiriendo otro tipo de lazos que se derivan de la convivencia, la amistad, el roce no esperado con otras personas; y, sobre todo, cuando descubre y acepta, en el ejercicio de la fe, que es parte de la única familia como hijo de Dios.

El amor, el perdón, y el diálogo son claves en la consolidación de la paz, y también de una gran familia, de la cual todos somos integrantes aunque no todos practiquen la misma doctrina. Ante nosotros se mantiene abierto ese cúmulo de enseñanzas que conforman las Sagradas Escrituras, pero muchos no reparan en ellas, no encuentran el camino, no las interpretan correctamente.

Esas páginas muestran distintas historias que, en el lenguaje sencillo, nos informan de lo bueno y lo malo del comportamiento humano desde la creación del hombre. Cómo ignoraron Adán y Eva las advertencias de

Dios; el fratricidio de Caín y tantas otras llamadas de atención sobre lo que se debe y no se debe hacer, qué ejemplos imitar.

En nuestros días no deja de llamar la atención el rencor subyacente en las conciencias, las que ahora, en la primera oportunidad, reaccionan tensas, como si estuvieran ante una amenaza, olvidando que el Señor siempre está a nuestro lado. No obstante, nos limitamos a un reducido círculo de ideario compartido y no vamos a buscar al hermano extraviado, más bien lo evitamos, lo rechazamos, levantamos un muro o simplemente huimos de él.

Levantamos los ojos al Señor y no vemos las miserias, las necesidades espirituales y materiales de nuestros congéneres a nuestro alrededor; alzamos nuestras manos y no tomamos la del que clama a nuestro lado, a nuestros pies.

Jesús ofendido, maltratado, torturado, crucificado hasta morir, nunca olvidó a los hombres y hasta pidió a su Padre que perdonara a aquellos que le hacían daño y no destruyera a sus enemigos. ¿Acaso nos comportamos como Él?

Los publicanos y fariseos, ¿no seguían una ideología distinta a la de Jesús? ¿En algún momento los evitó? ¿Lo ocurrido con Zaqueo no encierra una enseñanza para la formación y comportamiento del cristiano? El diálogo en el templo con los llamados “doctores de la Ley”, ¿no es un testimonio del comportamiento adecuado ante ideas diferentes?

Recibimos y nos damos la paz en la Eucaristía, después de pedir que se nos perdonen nuestras ofensas igual que “nosotros perdonamos a aquellos que nos ofenden”. El



papa Francisco, Mensajero de la Misericordia, trazó un camino que no excluye al prójimo, que enfrenta incomprendiones, que obliga a mirar a nuestro alrededor y nos recuerda la paternidad de nuestro Señor.

Como hemos explicado al inicio, la génesis, la clave está en la familia, en la unión, el amor. Sobre esa piedra se levantan las columnas de la sociedad en todo el orbe y al surgir el entendimiento y la comprensión, nace el perdón, la ayuda, la colaboración y sobre todo, la paz.

Podemos no compartir ideologías, pero la fuerza del ejemplo, de la constancia, de ese amor que nos dice el primer mandamiento, que quizás se olvida después de leer los nueve restantes, sigue presente. Valdría la pena invertir el orden de muchas cosas para dejar, en la cima, lo más importante.

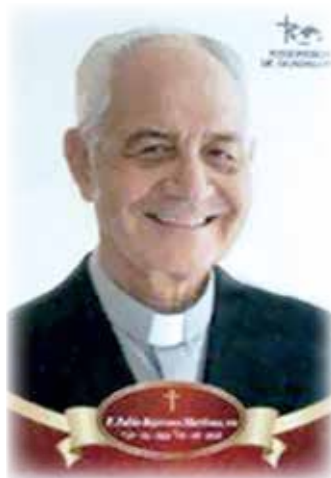
Al estar cegados por cosas urgentes, pero no por ello verdaderamente importantes, no vemos esos la-

zos intangibles, pero inobjetablemente existentes, que nos unen a todos; porque cómo negar a los hermanos descarriados, cómo negar el amor sin negarnos a nosotros mismos, sin negar a Dios.

Es preciso reflexionar, vernos por dentro, buscar esa luz interior que se niega a apagarse y mirar a nuestro prójimo, a nuestro hermano, a la gran familia; pero prescindiendo de las ataduras que nos mantienen fragmentados, puesto que para la paz es imprescindible llegar al diálogo, al perdón, y al respeto, por la vía del amor.



PADRE PABLO BEJARANO, MG.



Amor y Vida se condele al informar que el día 2 de junio partió hacia la casa del Padre el muy querido sacerdote y párroco de la comunidad de San Nicolás de Bari, Pablo Bejarano, mg. El propio día 2 se ofició una misa de cuerpo presente presidida por el Arzobispo de La

Habana, S.E.R. Juan de la Caridad García y copresidida por el Obispo Auxiliar S.E.R Mons. Juan de Dios Hernández y el vicario episcopal Vladimir Barruecos, así como otros sacerdotes.

El Padre Bejarano, de nacionalidad mexicana, llevaba 9 años como párroco de dicha comunidad, desde abril del 2007 hasta junio del 2016; en ella desarrolló una labor muy

pastoral. Vinculado tanto al Movimiento Familiar Cristiano como a la Pastoral de la Familia durante estos años, participaba regularmente en todas las actividades vinculadas a ella y compartía sus experiencias, tanto en las Casas de Misión de los siete bateyes que circundan al poblado o en las del perímetro urbano. Allí celebraba la Eucaristía, y otras actividades como conversatorios, visita a enfermos, y cualquier otra en la que se solicitara su presencia.

Muy querido por su comunidad eclesial y por el pueblo en general debido a su cercanía para con todos, su cadáver fue incinerado, por su propia voluntad, y sus cenizas serán enviadas a su patria natal para ser enterradas, por su expresa voluntad, en el Seminario donde se formó. Confiamos que ya en la presencia del Dios del Amor y la Misericordia, seguirá orando por todos nosotros, para que seamos capaces de cumplir la misión que se nos ha encomendado, y que algún día nos encontremos con él en la Casa del Padre.